

## DIMITRIE CANTEMIR Y MIGUEL DE CERVANTES.

### RETRATOS EN ESPEJO

**Amelia Sandu-Andrieş**

**Liceo Dimitre Cantemir (Iaşi, Rumanía)**

**Resumen:** Los dos protagonistas, el príncipe-literato rumano Dimitrie Cantemir y el escritor español Miguel de Cervantes, representan figuras de primera importancia en sus respectivos países. Las autoridades se encargan, de forma más o menos sentida, de rendirles homenaje en fechas señaladas. El presente ensayo se aleja del mito oficial construido en torno a los personajes vistos como símbolos nacionales o como temas de estudio académico y se acerca a ellos en tanto que seres humanos, en un intento de destacar las coincidencias entre las dos biografías. Una empresa arriesgada, puesto que a priori, todo parece separar a nuestros escritores: la época, el país de nacimiento, la educación, el recorrido vital, la fama que les ha reservado la posteridad. A pesar de ello, un hilo común surge con fuerza, uniéndolos indefectiblemente: su profundo humanismo, su mirada compasiva hacia un mundo autodestructivo, su capacidad de superación, su tolerancia y su deseo de tender puentes de conocimiento y comprensión entre personas, culturas, sociedades y costumbres divergentes. A partir de ahí, nace y se va construyendo tímidamente esta breve presentación en espejo de Cantemir (al que pocos conocen, en España) y Cervantes (al que bastantes aún leen, en Rumanía). Entrar en las vidas excepcionales de estos dos modelos humanos ha constituido una experiencia interior apasionante. Espero que los lectores compartan conmigo la alegría de este viaje especial.

**Palabras clave:** Príncipe rumano, escritor español, puentes de comunicación entre Oriente y Occidente, innovación literaria.

**Abstract:** Both the Romanian erudite-prince Dimitrie Cantemir and the Spanish writer Miguel de Cervantes represent very important figures for their countries, with officials invoking their names on important dates or as part of official inaugurations. This essay goes beyond the cold, official myth built around the two characters, perceived as national symbols or as a topic for academic study, and attempts to get closer to them, analyzing them subjectively as people with feelings, failures, dares, aspirations. This essay attempts to show the commonalities in their trajectories. This is a risky venture as, *a priori*, the two writers could not seem more distinct: the eras they lived in, their nationalities, education, the trajectories of their lives and the fame that posterity had in store for them, were all different. Despite all these differences, however, theirs is a common path that inevitably unites them: a deep humanity, a sympathy for the self-destructive world in which they were forced to live, a capacity for self improvement, tolerance, and above all, their desire to build bridges of knowledge and

communication among peoples, cultures, societies and customs with ostensibly no chance of reconciliation. This short presentation reflecting on Prince Cantemir (who few people know in Spain) and the writer Cervantes (who many people still read in Romania) is based on these fundamental commonalities. Investigating the exceptional lives of these two paradigms of humanity was a meaningful exercise for me; I hope to share with the readers the joy of this special journey.

**Keywords:** Romania, Cantemir, Spain, Cervantes, communication between Eastern and Western Europe, literary innovation.

Dimitrie Cantemir vivió, desde su más tierna edad, rodeado de armas y libros.

No sorprendió, por tanto, que muchos años después de su muerte, al inventariar la casa de la familia de los Cantemir, en Moscú, los estudiosos encontrasen, junto a obras de distinta índole, unos cuantos tomos de Cervantes y Gracián.

En los reveses de su fortuna ¿habría llegado el príncipe moldavo a leer estos libros? ¿Habría reflexionado sobre su contenido? ¿Qué enseñanzas habría extraído de ellos? ¿Qué alivio habría experimentado leyéndolos? Y sobre todo, ¿qué habría representado Cervantes para Dimitrie Cantemir, en la soledad de su exilio en la capital rusa?

Nadie lo sabe a ciencia cierta: la historia no se puede reconstruir a partir de suposiciones. No conocemos cuál fue la huella dejada por Cervantes en la vida y hechos de Cantemir. Lo único que pretendemos aquí es acercar a los dos escritores, alegrándonos de que la obra del autor español encontrara un sitio en la biblioteca y, posiblemente, en el espíritu del pensador del este de Europa.

Cervantes murió en 1616. Cantemir nació en 1673. No fueron, por tanto, coetáneos.

Objetivamente, nada les une. Salvo el presente juego de resaltar coincidencias, de esbozar lazos de unión imaginarios entre dos vidas ejemplarizantes.

Hoy en día, Cervantes es un referente universal de la literatura, objeto de miles de páginas de elogios y objeciones, el escritor español más traducido, invocado aun cuando no se le haya leído. En vida, sin embargo, no disponía de casa propia, siquiera. La justicia se cebó con él, conoció la cárcel, el hambre, el miedo, el desamor, el dolor físico. Sufrió por la falta de reconocimiento de sus conciudadanos. Se desconoce dónde se encuentra su tumba.

Medio ignorado en Occidente, sin haber llegado nunca a alcanzar la fama del ingenio español, Cantemir es una presencia importante en Rumanía, su país natal (donde numerosas

escuelas, calles, instituciones llevan su nombre). Su obra despierta admiración en la élite culta. A él también las autoridades lo invocan a menudo, sin conocerlo. En realidad, pocos rumanos serían capaces de ofrecer detalles sobre el personaje cuyo apellido se encuentra tallado en piedra, en la fachada de la Biblioteca Nacional *Sainte Geneviève* de París, al lado de otros ilustres eruditos (y en la misma columna que Newton, Addison o Leibnitz). En vida, perdió su casa, su trono, su país, quedando a merced de su poderoso y descuidado protector, Pedro I de Rusia, quien veía en Cantemir un consejero hábil, inteligente, capaz de hazañas intelectuales únicas: una herramienta política y poco más. Murió lejos de su tierra, sin haber podido cumplir con su sueño dorado: viajar por Europa y publicar su *Historia del desarrollo y la decadencia del Imperio Otomano*. Su hijo Antiochus, en un desquite del destino, cumpliría estos dos sueños del padre. En calidad de embajador de Rusia en Londres y París, el joven Antiochus se ganó la admiración de Montesquieu y Voltaire, por su ingenio y por la excelencia de su espíritu. Y como máxima devoción del hijo hacia la memoria de su padre, concretó la publicación póstuma de la gran obra de Dimitrie, moderna en su enfoque y sus métodos de investigación histórica, y apreciada como tal por los entendidos en la materia<sup>1</sup>.

Desde 1935, los restos de Dimitrie descansan en la Iglesia de *Trei Ierarhi*, de Iași (antigua capital de Moldavia, cuna de los Cantemir), repatriados gracias a las diligencias diplomáticas del historiador rumano Nicolae Iorga. En su lápida está escrito el siguiente epitafio: «Aquí descansa Dimitrie Cantemir, príncipe de Moldavia, de vuelta ahora de su largo y penoso exilio, sufrido en aras de la libertad de su país.»

Testigos lúcidos de los tiempos en que les tocó vivir (tiempos de dudas y crisis, de construcción y reconstrucción), Cervantes y Cantemir fueron hombres de armas, aventureros a su manera. Sin embargo, la gloria se la dieron las letras.

Como hombres de armas, ambos combatieron contra el peligroso avance del imperio otomano. En la época, el miedo llevaba un nombre: el gran turco.

Cervantes perdió el uso de su mano izquierda en la batalla naval de Lepanto, bajo el mando de Juan de Austria, hermanastro de Felipe II. La batalla se libró en 1571 contra la armada musulmana, terminando con una sonada victoria celebrada por toda la cristiandad y de la que el escritor español se mostró siempre sumamente orgulloso, llegando a decir, en el

---

<sup>1</sup> Para acercarse a la figura de Dimitrie Cantemir, ver el estudio de Ștefan Lemny *Les Cantemir. L'aventure européenne d'une famille princière au XVIII siècle* (Editions Complexe, Paris, 2009), o su traducción al rumano: *Cantemireștii. Aventura europeană a unei familii princiare din secolul al XVIII-lea* (Polirom, Colecția Historia, Iași, 2010).

*Quijote*, que había sido aquella «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros».

Cantemir se unió en 1711 a Pedro I el Grande, en una campaña singular contra la Sublime Puerta. Al perder la batalla de Stănilești, el príncipe se vio obligado a dejar su país, su trono y toda esperanza de volver a reinar en Moldavia. Se refugió en Rusia, donde morirían su mujer, una de sus hijas y él mismo. Su decisión de volver las armas contra los turcos fue esencial para el cambio de rumbo en la política nacional, encaminada hacia la independencia de la dominación otomana.

Tanteando aún más en las coincidencias, nos encontramos con que ambos hombres conocieron el cautiverio en tierras musulmanas.

Cervantes fue preso en Argel, capturado y luego vendido por piratas berberiscos del Mediterráneo. Durante sus cinco años de cautiverio, Cervantes intentó repetidas huidas frustradas, por lo cual estuvo a punto de ser trasladado a Constantinopla. Gracias al rescate oportunísimo de los Padres Trinitarios, no se llegó a tal extremo.

Cantemir pasó largas temporadas en Estambul, en tanto que rehén político, garantía viva de que su país seguiría las líneas trazadas por el sultán.

Paso obligado para los príncipes en busca de trono, la capital turca fue para Dimitrie un lugar de añoranza pero también de formación y de enriquecedores descubrimientos personales. Aprovechó su cautiverio dorado para aprender la lengua y la cultura turcas, para relacionarse con diplomáticos, religiosos, científicos, músicos y poetas. Fue uno de los escasísimos extranjeros de religión cristiana al que se le permitió el acceso a la biblioteca del serrallo, lo que demuestra a las claras el alto grado de confianza del que llegó a gozar en tierras otomanas.

Resulta, pues, natural que, en los escritos de ambos, la temática turca esté omnipresente.

Los lectores de Cervantes rastrean sin mayores problemas costumbres, situaciones, tipos y personajes moriscos a lo largo y ancho de su obra. Baste con mencionar dos: la historia de la bella mora Zoraida y la historia del soldado cautivo que escuchan, embelesados, don Quijote y Sancho y que tanto recuerdan las andanzas y desventuras del autor mismo. En su ingeniosa ficción, Cervantes pretendía incluso que su libro entero no era sino una traducción del árabe, por lo cual necesitaba de un traductor aljamiado para llevar a cabo tan esforzado trabajo...

Lector y escritor compulsivo, Cantemir fue un erudito que hablaba once lenguas, apasionado de geografía, teoría musical, matemáticas, arquitectura, etnografía, historia, lingüística, miembro de la Academia de Berlín, a cuya petición escribió –en latín– parte de sus obras (por ejemplo, *Descriptio Moldaviae*, traducida luego al rumano). Debido a su exilio político en la capital del imperio, Cantemir bebió inevitablemente de numerosas fuentes otomanas<sup>2</sup>.

Su *Historia del desarrollo y la decadencia del Imperio Otomano*, publicada *post mortem* gracias a las diligencias de su hijo (embajador plenipotenciario de Rusia en Londres y París, como se ha señalado), fue uno de los estudios más celebrados de la época. En su tiempo, el mismo emperador Pedro I el Grande había animado al príncipe moldavo en su esfuerzo documental, viendo en ese trabajo una herramienta imprescindible para adentrarse en las costumbres de la población musulmana del sur de su imperio y, de esta forma, para poder someterla con más eficacia.

Otro aspecto que podría unir a los dos escritores se relaciona con su capacidad –compartida– de innovar, de explorar y abrir caminos audaces en la literatura.

---

<sup>2</sup> Dejemos a Jordi Savall, el gran músico catalán, el honor de explicar en qué consiste la grandeza de Cantemir en cuanto a influencias y capacidad de innovación musical: «En la encrucijada de dos continentes, el europeo y el asiático, ESTAMBUL para los otomanos, CONSTANTINOPLA para los bizantinos, es ya en la época de Dimitrie Cantemir (1673-1723) un verdadero hito de la historia; a pesar del recuerdo y la presencia muy evidente de la antigua Bizancio, se había convertido en el auténtico corazón del mundo religioso y cultural musulmán. Extraordinaria mezcla de pueblos y religiones, no deja de atraer a viajeros y artistas europeos; Cantemir desembarcó en la ciudad en 1693, a la edad de 20 años, primero como rehén y luego como representante diplomático de su padre, que gobernaba Moldavia. Se convirtió en un famoso intérprete de tanbur, una especie de laúd de mástil largo, y fue también un compositor muy apreciado por su obra *Kitâb-ül ilm-il mûsikî* (*El libro de la ciencia de la música*), que dedicó a sultán Ahmed III (1703-1730).

»Tal es el contexto histórico ante el que adquiere forma nuestro proyecto “*El libro de la ciencia de la música* de Dimitrie Cantemir y las tradiciones musicales sefardíes y armenias”. Queremos presentar las músicas instrumentales “cultas” de la corte otomana del siglo XVII procedentes de la obra de Cantemir, en diálogo y alternancia con las músicas “tradicionales” del pueblo, representadas aquí por las tradiciones orales de los músicos armenios y de las comunidades sefardíes acogidas, tras su expulsión del reino de España, en ciudades del Imperio otomano como Estambul o Esmirna...

»*El libro de la ciencia de la música* de Dimitrie Cantemir, que nos ha servido de base como fuente histórica para nuestra grabación, es un documento excepcional en muchos aspectos; ante todo, como fuente fundamental de conocimiento de la teoría, el estilo y las formas musicales del siglo XVII, pero también como uno de los testimonios más interesantes sobre la vida musical de uno de los países orientales más importantes. Esa antología de 355 composiciones (de las cuales 9 pertenecen al propio Cantemir), escritas en un sistema de notación musical inventado por su autor, representa la más importante colección de música instrumental otomana de los siglos XVI y XVII que ha llegado hasta nuestros días...» (Jordi Savall, en Edimburgo, agosto de 2009. Citado por <[http://www.icr.ro/jordi\\_savall\\_concierto\\_dimitrie\\_cantemir](http://www.icr.ro/jordi_savall_concierto_dimitrie_cantemir)>).

Con Cervantes se inicia la novela moderna en lengua castellana: las creaciones anteriores eran consideradas como meras imitaciones de obras y estilos extranjeros, la mayoría italianizantes.

Por su parte, a Cantemir se le reconoce como fundador de la cultura nacional, autor de la primera novela en lengua rumana. Lo que se escribía antes de él eran opúsculos religiosos en eslavo y obras menores, importantes en el panorama interno pero sin ningún alcance real más allá de las fronteras movedizas de Moldavia.

Ambos cultivan, al lado del género serio y equilibrado, la parodia literaria: el *Quijote* no es sino una enorme carcajada de risa en contra del tan denostado género de la novela caballeresca. *La Historia Jeroglífica*, de Cantemir, es un libro en clave, una fábula en la cual se azotan e ironizan los defectos humanos. La envidia –«ese gusano asqueroso», que maldice Cervantes y que consume a los rivales de Cantemir, en su camino al tan deseado trono de Moldavia– es uno de los pecados que más parece molestar a nuestros escritores.

Pero por encima de todo, lo que más parece unir a Cervantes y Cantemir es su profundo humanismo, su mirada compasiva hacia un mundo autodestructivo, su capacidad de superación, su tolerancia y su deseo de tender puentes de conocimiento y comprensión entre personas, culturas, sociedades y costumbres divergentes.

La noción de «mediador cultural» parece un invento de nuestros tiempos y tiene que ver con nuestra sonada educación intercultural. Sin embargo, ahí los tenemos, a los dos, siglos atrás, en su esfuerzo de conocimiento mutuo de culturas aparentemente irreconciliables, en su búsqueda de puentes de comunicación entre los mundos que el destino les ha obligado a atravesar. El inicial choque de culturas se transforma, en ellos, en encuentro de culturas, resultado maravilloso de los azares de sus vidas. Diálogos de cultura, *avant la lettre*, que surgen de una necesidad interior de fraternidad humana, más que de una estrategia intelectual previa y meditada.

Este breve ensayo, escrito a vuelo de pájaro y sin mayores pretensiones críticas, no permite profundizar en el intento, apasionante y arriesgado al mismo tiempo, de acercar dos destinos que han vivido a un siglo de distancia y a miles de kilómetros el uno del otro. Muchos elementos los separan, cierto –por algo cada vida es irrepetible y única. Pese a todo, aquí y ahora, importaba sacar a superficie las líneas comunes, aunque sólo se trate de una ilusión quijotesca.

Comparar dos personajes tan dispares (en cuanto a época, origen, educación, vivencias, repercusión y proyección histórica y literaria) parecería un atrevimiento irreverente y resultaría artificial si no latiera detrás una explicación personal sencilla, de índole afectiva: en los últimos años, Cervantes y Cantemir se han ido convirtiendo, para mí, en dos modelos coherentes e inseparables de sabiduría, igualmente amados y prontamente rescatados en los momentos difíciles. Para mí, no son mitos mutantes, ni estatuas de bronce, ni nombres de avenida, sino dos personas de carne y hueso, que se han forjado a sí mismos a fuerza de dudas, fracasos, audacia, sentimientos y traiciones. Dos personas que, ante una realidad huidiza y poco amable, han encontrado en la escritura su justificación vital y un refugio salvador.

Desde diferentes perspectivas y desde el escenario distinto de sus vidas, los dos me han servido de guía callada. Yo les debía, por lo menos, un modesto homenaje.

Es éste.